

EL MUNDO

Viernes, 8 de abril de 2005. Año XVII. Número: 5.596.

MUNDO

EL FINAL DE UN PONTIFICADO / EL LEGADO DE KAROL WOJTYLA

¿Renunciar?, sólo si la enfermedad se lo impone

LUIGI ACCATTOLI

¿El papa Wojtyla pensó en dimitir alguna vez? El testamento publicado ayer clarifica, por fin, la pregunta. En él excluye -en una página escrita en 2000- la intención de renunciar por propia iniciativa, pero afirma la disponibilidad a hacerlo si la enfermedad se lo impusiese.

En el corazón del testamento -escrito en seis ocasiones diferentes entre 1979 y 2000- hay un mensaje dirigido a sus sucesores. Les confía el «gran patrimonio» del Vaticano II. En torno a esta consigna hay una gran abundancia de memorias y de sueños, de todo lo bello y lo potente que llenó su vida.

Es un texto bello, de poeta. En él encontramos el deseo de la tumba «en la tierra», la fantasía -a la que renuncia- del retorno del cuerpo a Polonia. Tras el totus tuus sum («Soy todo tuyo»), dedicado a la Virgen, el primer sobresalto lo tenemos leyendo: «Pido perdón a todos». ¡Un papa que pide perdón!

Todo el testamento destaca a Pablo VI: por su entonación lírica, pero también por las citas directas. Al igual que el predecesor, pide que sus «apuntes personales» sean quemados. Los de Pablo VI no lo fueron y se puede dudar que lo vayan a ser los del papa Wojtyla. Cuando alguien ya no está, ni siquiera un papa es obedecido.

Por lo que a la tumba se refiere, el Papa polaco imita a su predecesor: «Me gustaría que fuese en la tierra», había escrito Montini. Y Wojtyla: «El sepulcro en la tierra, no en un sarcófago».

Un añadido de 1990 pedirá «santas misas y oraciones». ¡Como si al papa le hiciesen falta! Llama la atención la actitud de cristiano común, que incluso los papas asumen cuando piensan en la muerte. Como haría cualquiera de nosotros, ya en el primer folio del testamento, Wojtyla se preocupa por recordar a don Stanislao que «distribuya» a su criterio «las cosas de uso cotidiano que utilizaba».

Se puede pensar en las plumas y en los libros, en los cálices y en los breviarios, que irán a parar a las personas que durante años frecuentaron sus apartamentos privados.

La tormentosa cuestión de la sepultura en Polonia, Wojtyla la afronta varias veces en el testamento. No era, pues, una fantasía de sus compatriotas, como se podría haber creído. Lo piensa, pero no decide y deja la decisión a los demás: «Sobre eso decidan el Colegio cardenalicio y los connacionales».

Se diría que Wojtyla, polaco hecho romano, hubiese vivido con el sentimiento del exiliado, como suspendido en medio de dos patrias, tanto que no supo elegir el lugar de su tumba.

El Papa polaco que vive en Roma participa en los dramas de la nueva patria, que atraviesa los años de plomo. Lloro el asesinato de Bachelet y de tantos otros, celebra por ellos en San Pedro y en el testamento, poco después (mes de marzo de 1980) habla de los tiempos «indeciblemente difíciles e inquietos», en los que «difícil y tensa se hizo incluso la vida de la Iglesia» y «tantas personas desaparecen inocentemente, incluso en este país en el que vivimos».

Polonia entra en la turbulencia de la liberación del comunismo y el papa exiliado se dice dispuesto a morir por todos los aspectos de su «misión», incluida la «salvaguarda» de su «patria terrena». Y más tarde dirá que el atentado constituye una especie de reprobación de su disponibilidad para «morir» por Polonia.

Está a punto de cumplir los 80 años y anota: «Es necesario preguntarse si no ha llegado el tiempo de repetir con el bíblico Simeón Nunc dimitis. En la vorágine de la lectura del testamento papal y del lanzamiento por las agencias hacia todos los países, algunos tradujeron el nunc dimitis («ahora deja») por un perentorio «ahora renuncia». Pero aquí no se trata de la dimisión. Esas dos palabras latinas son el incipit del Cántico de Simeón, que dice: «Ahora deja a tu siervo que se vaya en paz».

No apuntaban, pues, esas palabras -en la intención de Wojtyla- a la paz del jubilado, sino a la del más allá.

Los que han titulado los servicios de agencia con el hecho de que, en 2000, Wojtyla habría «tomado en consideración» la dimisión, no se han equivocado del todo, porque poco más adelante, el Papa -siempre reflexionando sobre su avanzada edad- invoca la ayuda de Dios. Para que en el futuro le ayude a «reconocer hasta cuándo debo continuar este servicio».

Se puede concluir que Wojtyla ciertamente en 2000 -pero también en otras fechas- no «consideró» la dimisión entonces más que antes o más que después, sino que dice a Dios que está dispuesto a considerarlo, si su salud lo

exigiese.

Mirando al conjunto de la vida, el Papa observa que los acontecimientos de 1989 liberaron a la humanidad «de las precedentes tensiones», pero trajeron consigo «nuevos problemas» y «dificultades». Realmente el Papa temió la guerra nuclear. Incluso da gracias a la Divina Providencia, porque no se produjo «el violento conflicto» contra el que tanto había luchado.

Las palabras más importantes del testamento papal son su herencia del Vaticano II: «Deseo confiar este gran patrimonio a todos los que son y serán en el futuro llamados a realizarlo».

Un pasaje de consenso para los sucesores. Significativo -como siempre en los testamentos- el saludo final, en el cual hace una lista de los que amó en vida: padres, hermano y hermana, la parroquia de Wadowice, el país natal al que llama también «la ciudad de mi amor», los compañeros y compañeras de escuela y de todos los momentos de su vida. Termina con las últimas palabras de Cristo en la cruz: «En tus manos encomiendo mi espíritu». Palabras escritas en 2000 y cumplidas hace siete días.

Luigi Accattoli es experto en temas vaticanos en el diario Corriere della Sera.

© Mundinteractivos, S.A.